
CAPÍTULO PRIMERO.

**Mision de la mujer.—Su definicion.—Sus sentimientos.
—Su intervencion en la reforma de nuestras costum-
bres.—Necesidad de su educacion.**

Las diversas revoluciones que han conmovido los cimientos sociales, las múltiples y variadas formas empleadas por la civilizacion para traer á su seno al género humano, transformando la manera de ser de la mujer y perfeccionando al infinito sus condiciones, tienden á colocarla en la situacion más brillante, en el estado más noble, en el lugar más propio y adecuado á la gran mision para que fué creada.

Encargada por el Sér Supremo de endulzar los días del hombre; investida de las más delicadas dotes para servir de freno á las pasiones del sexo fuerte; adornada de una gran sublimidad de sentimientos, ha conseguido en aras de su perseverancia, unas veces con su sonrisa, otras con sus lágrimas, labrarse el trono augusto en que hoy la vemos colocada, y darse á conocer como la complementaria del hombre, como su necesidad más urgente, como su perfectibilidad física y moral.

La mujer es, pues, al hombre, lo que la tierra á

la planta, lo que los glóbulos á la sangre: sin ella no sería el rey de la creacion, sino el sér zoológico más fuerte, el dueño del Universo por la astucia y la audacia ayudadas de la inteligencia, destello de la Divinidad encarnado en su sér.

El desarrollo intelectual del hombre, excesivo en comparacion al de la mujer, le pone en condiciones para dedicarse al cálculo, á la idea matemática de las cosas: la potencia de sus pasiones, es causa de que, al sentar los principios de ese cálculo, les dé por base la falsa apreciacion de su orgullo, y no muchas veces el razonamiento frio y comparado que revela la idea de lo bueno y de lo justo.

El *sentimiento* cede su puesto á la *sensacion*, y la idea de lo bello, de lo agradable, de la bondad ó malicia del acto, está para él, por efecto de esas pasiones, en el mayor ó menor provecho, en el resultado más ó ménos práctico que toca; en una palabra, prescinde de ciertos móviles generosos, desoye los más bellos sentimientos de su alma, la amortigua, y es vencida por la materia.

A la penetracion de su criador no podia ocultarse esta verdad inconcusa, y por tanto hubo de poner á su lado un regulador que contrabalacease este desnivel, este apasionado acceso á la *sensacion*, y despertase en su alma, esclava del cuerpo, esos dulcísimos sentimientos que hacen al cuerpo esclavo del alma. La creacion de la mujer respondió á este fin.

Muchas definiciones se han dado de la mujer, filosóficas unas, poéticas otras, absurdas las más, pero que ninguna completa la idea que su mision

representa. Si nos atreviéramos á intentar una más, diríamos que la mujer «es la personificacion de todos los sentimientos dignos y delicados del alma.»

Débil por naturaleza, impresionable por temperamento, susceptible del más puro y entusiasta cariño, viviendo de él, porque, como ha dicho una célebre escritora, «el amor es la historia entera de la mujer», no puede tener cabida en su alma esa immoderada ambicion que por desgracia abunda en el sexo fuerte. Tiene pasiones ¿quién lo duda? Es en ellas veheméntisima; pero al lado de esas pasiones, al par de esos desvanecimientos febriles de su alma, se alzan poderosísimos lenitivos, eficaces antídotos en su delicadeza de sentimientos, cual tras la fragosa tempestad que embarga el ánimo y entorpece la respiracion, queda la atmósfera ozonada y el pulmon ejerce sus funciones con más libertad que ántes de la tormenta.

El hombre abandonado á sí propio, habia de dejar que su cerebro dominase en su corazon, y en la exaltacion febril de aquel, no encontrarían sus instintos otro freno que la completa satisfaccion de su voluntad. La exquisita sensibilidad de la mujer, el pasmoso desarrollo de sus facultades anímicas, su *exceso de espíritu*, si la frase es permitida, es el único valladar que puede detener el libre curso de las pasiones del hombre; y más de una vez las ha cambiado de tal manera, que al satánico arrebató de la ira, ha sustituido la sonrisa de la bondad. El hombre es la exageracion de las pasiones, la mujer el complemento de la dulzura; el hombre es de vigorosa constitucion, predomina en él su temperamento y

le vence; la mujer es débil en su conformacion, fuerte en sus sentimientos, y, como es lógico suponer, estos dominan á aquella.

El sentimiento del perdon, la generosidad, la dulzura, la paciencia, la caridad, rebosan en su corazon, y podemos asegurar, á despecho de pesimistas, que probablemente no creen lo que dicen, que estas virtudes forman su vida, su todo: suponer sin ellas á la mujer, valdria tanto como negar que la gota de rocío vivifica y refresca á la gallarda rosa.

La mujer es toda alma, y el alma es la síntesis de todo lo bueno, de todo lo noble. No puede vivir para ella sola; su alegría es de todos, para todos su dulzura, para todos su bondad.

Solo en una cosa es egoista, en su dolor; solo de un bien es avara, del cariño. Respetad el primero ó tomad parte en él; dadle ese cariño que ambiciona, y habreis vencido.

Dicen algunos con Shakspeare: «La mujer es un manjar celestial cuando no le guisa el demonio.» Estamos conformes, si se nos permite salvar la fé de erratas sustituyendo el verbo *guisar* por el de *corromper* y el sustantivo *demonio* por el de *hombre*: así estamos de acuerdo con la definicion del célebre escritor en toda su latitud. Esto no obstante, ese *manjar celestial* condimentado ó sin condimentar por el demonio, ha sabido poner el pié en la cerviz del hombre; y cuando lo ha conseguido, á despecho de las costumbres, y áun de las leyes, no mira á su vencido con el desden del vencedor, sino que le tiende una mano generosa y le acaricia con la más complaciente de sus sonrisas; prueba eviden-

te de que el manjar tiene más de celestial que lo que Shakspeare quiere suponerle.

No podemos comprender el porqué de esa guerra sistemática que se hace á la mujer, ni las poderosísimas razones que algunos hombres puedan tener para entregar este nombre á la pública execucion. Esos hombres han tenido madre, quizás tuvieron hermanas, y de comprenderlas en su anatema, solo pueden deducirse dos cosas: ó que estas no fueron buenas (lo cual no debemos suponer), ó que su ingratitud es tal, que no titubean en arrastrar su reputacion por el lodo, lo cual es aún mucho peor. Si no sienten lo que dicen, se ven en la triste necesidad de ahogar la voz de su conciencia, arrastrados por su loco egoismo; y si lo sienten cual lo predicán, dan inequívocas muestras de no haber gustado la vida del alma en los brazos de una madre, en el cariño de una hermana, ó en el dulce éxtasis de una mujer amada.

Sentados estos precedentes, ¿puede la mujer influir de un modo notable en la reforma de nuestras costumbres?

Sí. La mujer tiene, sin duda alguna, grandes medios para modificar los hábitos del hombre: si á estos medios se añade el no menor del ascendiente que la madre goza sobre sus hijos, habremos de confesar que lo que ella no consiga no lo ha de conseguir toda la ciencia de la humanidad. Si el médico al combatir una enfermedad desprecia la importantísima observacion de atender al vicio general que predomina en el paciente, rara vez conseguirá su radical curacion, porque no destruyendo la base

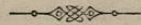
morbosa, se presentará de nuevo bajo protéicas formas, y atacando á estos ó los otros órganos de la economía animal. De igual manera, si los obstáculos que encuentra la sociedad en su desarrollo no se evitan ó modifican, el mismo mal tocaremos siempre más ó ménos velado en estas ó las otras apariencias. La destruccion radical de este vicio, corresponde de derecho á la mujer, porque desde antes de balbucear el niño su primer palabra, ya empieza la madre á formar su corazon al calor de sus purísimos besos.

Contestarásenos que la mujer no está en condiciones para ello por su escasa instruccion; pero ¿quién es el culpable de su atraso? ¿Ella ó nosotros? Si la educamos é instruimos, aprenderá y podrá enseñar á su vez: no apartemos esa educacion de las dulcísimas bases de la verdad, la bondad y la justicia; no la enseñemos á ocultar sus sentimientos con la hipócrita careta de una intraducible modestia; no exacerbemos su orgullo, no maltratemos su pudor á título de señores; instruyámosla bien, pero con principios que fácilmente digiera su cerebro, y conseguiremos el resultado apetecido.

Puesto que está admitido como una verdad que la historia es la enseñanza de los pueblos, de la historia de la mujer habremos de deducir cuánto vale y en qué condiciones está para estirpar el cáncer social que nos corroe, ó sea la ciega sujecion del género humano á sus pasiones, y la falsa ilustracion que cada cual nos hemos creado en beneficio propio.

Ya que hemos de hacer una sucinta reseña de

las fases porque ha ido pasando la mujer desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros dias, seguiremos el orden cronológico de las edades, no sin rogar antes á nuestros lectores, y muy especialmente á nuestras lectoras, nos perdonen los infinitos defectos de estos apuntes, hijos de nuestra inexperiencia é ignorancia.



CAPÍTULO II.

**La Creacion.—Eva en el Paraiso.—El primer amor.—
Impersonalidad de la mujer.—Su cetro y su dignidad.**

El mundo habia salido de la oscuridad *del no ser*: infinidad de astros rodaban en torno de su órbita, y la tierra, el aire, las aguas sustentaban millares de especies animales, unos más fuertes, otros más débiles, aquellos de agradable forma, los otros de horrible figura. Variadísimas familias de flores, infinidad de corpulentos árboles surgiendo de la nada, embellecian este planeta antes árido é inhabitable; la creacion despertaba á la vida, engalanándose con su manto de virgen: el Dios Creador debia estar satisfecho.

No era así, sin embargo: faltábale su obra maestra, faltaba el último toque al cuadro, y apareció con la creacion de un sér todo perfecto, todo majestuoso, y en el cual el mismo Dios insuflaba un átomo de su divina esencia: el hombre salió, pues, de sus manos compuesto de materia orgánica y de espíritu, de cuerpo y de alma.

Cuéntanos el Génesis que Adam (es decir, Tierra-roja) se durmió, y el Señor, extrayéndole durante su sueño una costilla, formó de ella á Eva (la que dá

vida). El primer hombre despertó, vió á su lado otro sér como él y le contempló extasiado. Sorprendido de la elegancia de su musculatura, analizó las condiciones de su diminuto pié, y comprendió que era poco apto para la fatiga; tocó su mano fina y aterciopelada, y notó en ella la falta de fuerza: é iba á volverle la espalda con desprecio, cuando mirando á sus ojos sorprendió en ellos un fluido vivificador que le fascinaba, y sonrió con inocencia.

Adam era rey de la creacion. Desde el más grande al más pequeño de los animales, obedecian su voz y ejecutaban sus órdenes con perfecta regularidad. Las flores inclinaban su cáliz para ofrecerle su aroma; la rizada hierba se tendia ante él para alfombrar su paso; los frutos más sabrosos estaban al alcance de su mano; el arroyuelo se estremecia de placer al tocarle sus lábios; un sol espléndido le inundaba de luz y una luna tibia esparcia sobre su cabeza la melancólica armonía de sus rayos: todo le pertenecia en absoluto, y sin embargo, en su alma existia un vacío.

Mientras dedicaba las horas de su día á entrelazar tal ó cual rama que impedia el paso, á limpiar el cauce del arroyuelo, ó á enderezar su curso, Eva, su inocente y cándida compañera, mezclaba la flor á la flor, aspiraba sus aromas, limpiaba su tallo y seguia con curiosa mirada los vuelos del ruiseñor que regresaba á su nido. Veia al nevado palomar dar vueltas en torno de sus crías, y á su amante compañera recibirle llena de gozo y batiendo las alas: á su regreso al punto de reunion, miraba intensamente á Adam, le obsequiaba con las más aro-

mosas flores y le cercaba de toda clase de atenciones. Adam permanecía impasible, y solo veía en los agasajos de su compañera el tributo de una sumisión que poco podía valer para quien ejercía supremo dominio sobre todo lo criado.

Un día se hallaban sentados á la sombra: el trabajo había sido rudo, y descansaban; Eva miraba con interés á su compañero, y Adam la miraba también con más curiosidad que interés. De pronto Eva exhaló un suspiro, coloreóse su mejilla, y bajó la cabeza: el alma de Adam salió de su letargo, sintió una ansiedad indescriptible, soñó despierto, y amó.

El Hacedor los miraba sonriendo, vió el nuevo triunfo de la mujer, y sancionó la union de aquellas dos almas: un opulento césped de flores fué su cámara nupcial, y al par que el Criador daba por terminada su obra, Adam se postraba ante él risueño y contento para darle gracias por la felicidad que embriagaba su alma.

Esta felicidad se perdió por la mujer, es cierto: andando el tiempo tuvo un momento de debilidad, y pecó; pero en su misma debilidad llevaba su justificación. Si creyó, si aceptó las sugerencias de su enemigo, dió en ello una prueba del candor de su alma, dió la medida exacta de su inocencia, porque repugnándole decir lo que no sentía, creyó que no se podía mentir. Solo su curiosidad fué causa de su culpa, y harto lo lloró la infeliz para que aún la condenemos á la execración humana.

Terrible fué para ella el momento en que comprendió su falta: trémula, turbada y en actitud humilde, parecía implorar el perdón del Dios ofendido

y del esposo á quien arrastrara en su caída. Este la tomó de la mano, la acarició con una sonrisa de perdón, y la obligó á fijar en él sus ojos. La desgraciada Eva pagó con una mirada dulcísima esta simpatía, y con otra hizo conocer al hombre que estaba desnudo, y que había sido creado para algo más que para pasear por el Edem.

El hombre se detuvo sin saber qué hacer; comprendió la primera necesidad, llevó un dedo á su frente, y pensó. En su inteligencia había nacido la idea de que debía cubrir su desnudez, pero no encontraba medio de subsanar la falta: la mujer lo comprendió así, arrancó hojas de los árboles, se las ciñó á la cintura y dió al hombre la primer idea del vestido con el primer pensamiento del pudor.

En este primer paso de su emancipación quiso probar la excelencia de su nombre, quiso hacerse digna de llevarle, dando á su compañero la vida del alma en un sublime destello del sentimiento.

Con estas dos invenciones inauguró su vida la mujer: el amor y el pudor. Estos fueron los primeros efluvios que hizo brotar en el alma del hombre, y estos son aún los mejores florones de su corona.

El Paraíso se cerró para nuestros primeros padres: tenían que buscar su alimento, luchar á veces con innumerables obstáculos para alcanzarle, en una palabra, empezaba su calvario. La mujer no abandonó al hombre en su desgracia, sino que ayudándole en su trabajo, ora le traía frutas ó huevos de las aves, ora reuniendo hojas secas le proporcionaba abrigo contra el rigor de la estación. No se limitaba á esto sólo: como los animales se les habían

rebelado á causa de su caída, ayudaba á su esposo en la caza, armaba las trampas, conducía las presas, y compartía con él todas las penalidades que le proporcionaba su mísera situación. Tristísima era la existencia de Adam; pero cuando al reposar de sus fatigas veía en las pupilas de Eva aquel cariño que fué su primera felicidad, sentía regenerado su sér y un suspiro de esperanza brotaba de su corazón. ¡Lée tanto el hombre en los ojos de una mujer querida...!

Así continuaron años y años: Adam regando la tierra con el sudor de su rostro (valiéndonos de la expresión bíblica), y Eva enseñándole cada día una cosa nueva, y despertando á cada momento en su alma un afecto nuevo también.

Esta iniciación del bienestar, hizo más tarde al hombre dedicarse con preferente atención á la ganadería y á la guerra, que le proporcionaban extenso campo donde ensanchar el dominio de las cosas; y olvidándose de lo que debía á su compañera, para convertirla también en *cosa*, la desnudó del carácter con que había salido de las manos del Supremo Hacedor.

En las primeras edades del mundo, la personalidad *mujer* no existía: la naturaleza femenina, reducida al estado de *cosa*, juega un papel tan secundario, que casi desaparece en las tinieblas del olvido. Era como un mueble que decoraba la tienda del jefe de tribu, cuyos vasallos podían aumentar esta parte de mobiliario según su valor guerrero, según su rapiña en el campo enemigo.

La mujer era una propiedad abandonada, una

riqueza semoviente que venía á formar el peculio de un primer poseedor. En esta época nada representa en la familia, ni goza de los privilegios para que su organismo delicado la destinó: sus deberes son exigidos con imperio; sus derechos, ninguno, si no el triste de obedecer sin murmurar y prestar su sangre, su naturaleza, su vida, en fin, á los caprichos de su despótico dueño. Sus relaciones en la familia se reducen á dar á luz sus hijos, para que ántes de balbucear las primeras frases, los arranquen de su regazo emancipándoles á su amor maternal. Su amor es un mito, porque considerada como *cosa*, no como *sér*, el hombre la desea ó la desprecia, la compra ó la vende á capricho, la hace su esposa un día y la repudia al inmediato, ocupando su sitio en el hogar otra compañera más feliz que ella.

El hombre es el todo; pero... ¡qué hombre! Su instrucción no puede ser más rudimentaria; se viste de pieles; su habitación es el campo, el monte, su hogar la copa de un árbol, y su vida nómada, sin principio fijo, no obedece más ley que la conservación individual. Son sus placeres las emociones de la caza; por la caza se fatiga, por ella no se fija en terrenos fértiles, ni goza de la encantadora perspectiva de paisajes vírgenes; ella le empuja de país en país, y... ¡causa repugnancia! le lleva al robo y al asesinato, sin darse cuenta de la bondad ó malicia de sus acciones.

Sus armas son el dardo de espina de pescado, la lanza el hacha de piedra; los útiles de su hogar hueco en la ceniza para asar el producto de su caza, y una piel sangrienta para cubrir su desnudez.

En tanto la mujer, careciendo de personalidad é iniciativa por el yugo á que se la sujetara, era, más que la compañera del hombre, su bestia de carga, y únicamente le servía para conducir á través de los campos su mermado ajuar, y para moderar sus brutales sensaciones de un momento.

Sin embargo, adornada de un espíritu de innovación tan delicado como súbito, conoció que no se la trataba como sus condiciones fisiológicas reclamaban, y su amor propio herido por la brutalidad del hombre, encendió en su cerebro la brillante llama de la idea. Un día el hombre, que se vestía de pieles, halló este ropage demasiado incómodo y poco adecuado á la variabilidad de temperatura; se recluyó voluntariamente en su tienda, y consumió en ella durante los prolongados días del invierno la cólera y el tedio de que estaba poseído. El tiempo que él destinaba á reconcentrar en su corazón el veneno de su ira, la mujer le dedicó á pensar. Arrancó de su túnica de pieles algunas hebras de lana, retorciólas distraída, y comprendió que con aquella primera materia podía fabricar un vestido que la resguardase mejor de la intemperie sin privarla ninguno de sus movimientos.

Dado este primer paso, venció cuantas dificultades surgieron para la consecución del fin, ensayó en su esposo y quedó satisfecha: el hombre podía desde entonces desafiar los rigores del clima, y ella..... *jella daba el primer paso en su emancipacion y en el progreso de la humanidad!*

Entonces el hombre aceptó la superioridad del génio sobre la fuerza, y comprendió que la mujer

había sido creada para complemento de su sér. Hasta aquí, el matrimonio había sido la *caza* de la mujer por el hombre: este corría tras ella, la alcanzaba, luchaban, y si resultaba vencedor, hacia de un matorral el tálamo de sus bodas: á partir de este momento, el contrato nupcial existió bajo la forma de *compra y venta*, porque el hombre reconoció en la mujer ciertas perfecciones que la elevaban sobre las demás cosas.

Así empezó la mujer su reinado: la rueca fué para ella el cetro de su dignidad y el escabel de su regeneración. Hilando su blanca túnica, arrojó lejos de sí el trabajo embrutecedor que ajaba y destruía su juventud y su belleza: hizo al tejido guarda de su pudor, separando su cuerpo de la prostitución de la mirada, y envolviendo con el velo de Ísis el santuario de la vida, consiguió la primer sonrisa del hombre y su primer pensamiento de ternura.

